

DÍA 27: ESPERANDO EN DIOS PARA REDENCIÓN

Simeón... era justo y devoto, aguardando la consolación de Israel: y el Santo Espíritu estaba sobre él;...Ana, una profetisa... comenzó a hablar de él a todos los que aguardaban la redención en Jerusalén. (Lucas 2:25, 36,38.)

Aquí tenemos la marca de un creyente que espera. Justo, recto en toda su conducta; devoto, consagrado a Dios, andando siempre en su presencia; esperando la consolación de Israel, esperando el cumplimiento de las promesas de Dios: y el Espíritu Santo estaba sobre él. En su devoto esperar había sido preparado para esta bendición. Y Simeón no fue el único. Ana habló a todos los que esperaban la redención en Jerusalén. Estos dos estaban esperando en Dios; aguardando su redención prometida.

Y ahora que la Consolación de Israel ha llegado, y que la redención ha sido cumplida, ¿todavía hemos de esperar? Sin duda alguna. Pero, ¿no va a diferir esta expectativa, que mira al pasado, a algo que todavía no había acontecido? Sí, diferirá, especialmente en dos aspectos. Ahora esperamos en Dios en el pleno poder de la redención y esperamos su plena revelación.

Nuestra espera es ahora en el pleno poder de la redención. Cristo dijo: «En aquel día conoceréis que estáis en mí. Permaneced en mí.» Las Epístolas nos enseñan que nos presentemos delante de Dios: «Como muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús.» «Bendecidos con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo Jesús.» Nuestro esperar en Dios puede ahora ser la maravillosa comprensión, obrada y mantenida por el Espíritu Santo en nosotros, de que somos aceptados en el Amado, que el amor que descansa en El, descansa en nosotros, que vivimos en este amor, en la mayor proximidad y presencia y a la vista de Dios. Los antiguos santos fundaron su confianza en la Palabra de Dios, y esperaron, confiando en la Palabra; nosotros confiamos en la Palabra también, pero, ¡oh, bajo qué maravillosos privilegios, pues somos uno en Cristo Jesús! En nuestro esperar en Dios, que sea ésta nuestra confianza: en Jesús tenemos acceso al Padre; cuán seguros, por tanto, podemos estar de que nuestro esperar no puede ser en vano.

Nuestro esperar difiere también en esto, que mientras ellos esperaban una redención que había de venir, nosotros la vemos ya como realizada, y ahora esperamos su revelación a nosotros. Cristo no sólo dijo: «Permaneced en Mí», sino también: «Y yo en vosotros.» Las Epístolas no sólo hablan de que «nosotros estamos en Cristo», sino también que «Cristo está en nosotros», el gran misterio del amor redentor. En tanto que mantenemos nuestro lugar en Cristo, día tras día, Dios espera revelarnos a Cristo en nosotros de tal manera que El se forme en

nosotros, que su mente, y disposición y semejanza, adquiera forma y sustancia en nosotros, de modo que cada uno pueda decir en verdad: «Cristo vive en mí.»

Mi vida en Cristo arriba en el cielo y la vida de Cristo en mí, abajo en la tierra: estas dos, se complementan la una en la otra. Y cuanto más mi esperar en Dios está marcado por una fe viva, en «Yo en Cristo», más el corazón desea y dama el «Cristo en mí». Y el esperar en Dios, que empezó con necesidades especiales y oración, se irá concentrando, en cuanto se refiere a nuestra vida particular, en esto: Dios, revela tu redención plenamente en mí, que Cristo viva en mí.

Nuestro esperar difiere del de los santos de antaño en el lugar que ocupamos, y en las expectativas que tenemos. Pero, la raíz es la misma: esperar en Dios, en el cual hemos puesto nuestras expectativas.

Aprende una lección de Simeón y Ana. Cuán imposible fue para ellos hacer nada hacia la gran redención: hacia el nacimiento de Cristo o su muerte. Fue obra de Dios. Ellos sólo podían esperar. ¿Somos por completo impotentes e inválidos con respecto a la revelación de Cristo en nosotros? Lo somos en absoluto. Dios no obró la gran redención en Cristo como un conjunto, dejándonos luego la aplicación en detalle a nosotros.

El pensamiento secreto de que no es así, es precisamente lo que se halla en la raíz de toda nuestra debilidad. La revelación de Cristo en cada creyente individual, y la revelación diaria en cada uno, pasó a paso y momento tras momento, es igualmente la obra de Dios omnipotente como lo fue el nacimiento o resurrección de Cristo. Hasta que esta verdad entre en nosotros y nos llene, y sintamos que somos tan dependientes de Dios por cada momento de nuestra vida y el gozo de la redención como ellos lo eran en su espera, nuestro esperar en Dios no nos traerá su plena bendición. El sentido de total y absoluta invalidez, la confianza en que Dios puede hacerlo todo y lo hará, éstas deben ser la marca de nuestra espera, como la de ellos. Con la misma gloria con que Dios se mostró a ellos fiel y capaz de obrar portentos, lo será también para nosotros.

¡Alma mía, espera sólo en Dios!